

# El retorno de los soldados

La novena crónica de la Compañía Negra  
Libro cuarto de La Piedra reluciente

**Traducción:**  
David Cruz Acevedo



---

Glen Cook

Título original: *Soldiers Live*  
Primera edición

© 2000 by Glen Cook, published by La Factoría de Ideas in agreement with the autor, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

Ilustración de cubierta: Nicholas Jainschigg

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)  
[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

ISBN: 978-84-9800-687-2 Depósito Legal: B-xxxxxxx

Impreso por Safekat

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos. 4

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a [informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es) que indique claramente:  
**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

*Para Russell Galen, cuarenta años, tras un cuarto de siglo. No ha sido un matrimonio perfecto, pero lo suficientemente cerca de serlo como para que no deje de sonreír. Veamos si podemos llegar a las bodas de plata. (¿Diamante? Bueno, lo que corresponda a cincuenta años juntos.)*



# 1

## Una Morada de Cuervos: cuando ningún hombre moría

Pasaron cuatro años y nadie murió.

Al menos por causa violenta o azares del destino. El año pasado, Otto y Hagop murieron con unos días de diferencia por causas naturales asociadas a la vejez. Hace unas semanas, Tam Duc, recluta en entrenamiento, pereció por ese exceso de confianza tan propio de los jóvenes. Se cayó por una grieta cuando él y sus compañeros de armas se arrojaron con las mantas por la larga pendiente del glaciar Tien Myuen. Hubo algunos otros fallecidos, pero ni uno solo por mano enemiga.

Cuatro años; seguro que es un hecho inaudito, aunque no de los que se recuerdan en estos Anales.

Tanta paz es imposible de creer.

Una paz que, prolongada, cada vez es más seductora.

Muchos de nosotros estamos viejos y cansados y ya no nos queda el ardor de la juventud en las venas. Y los viejos tampoco estamos ya al mando. Aunque estemos preparados para olvidar el horror, este no se muestra tan condescendiente con nosotros.

En aquellos días, la Compañía solo era sierva de sí misma. No reconocíamos a ningún señor. Contábamos con los caudillos de Hsien como aliados. Nos temían. Éramos sobrenaturales, muchos habíamos vuelto de entre los muertos; los últimos Soldados de Piedra. Temían la posibilidad de que tomáramos parte en sus disputas por los restos de Hsien, ese otrora poderoso imperio que los nyueng bao recuerdan como la Tierra de las Sombras Desconocidas.

Los caudillos más idealistas tienen puestas sus esperanzas en nosotros. La misteriosa Fila de Nueve nos suministra armas y dinero y permite que reclutemos. Espera conseguir que los ayudemos a restaurar la edad dorada que existió antes de que los Maestros de las Sombras esclavizaran a su

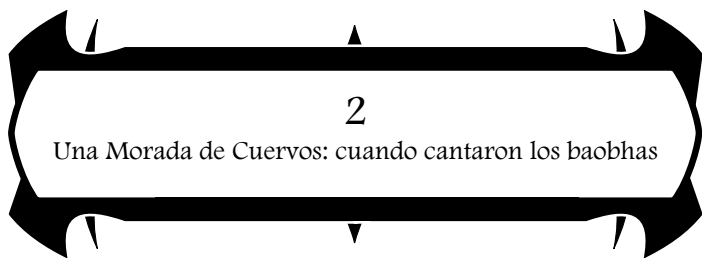


mundo de manera tan cruel que sus habitantes aún se llaman a sí mismos los Hijos de los Muertos.

Es imposible que tomemos parte, pero dejamos que tengan esperanzas, que se hagan ilusiones. Hemos de fortalecerlos. Tenemos nuestra propia misión.

Al detener nuestro avance ha surgido una ciudad. Lo que era un campamento caótico se ha organizado y ha adquirido nombres; Avanzada o Cabeza de Puente entre aquellos que vinieron más allá de la llanura y que se traduce por Morada de Cuervos entre los Hijos de los Muertos. El lugar sigue creciendo. Ha generado decenas de estructuras permanentes. La muralla está a punto de completarse. La calle principal está siendo pavimentada con adoquines.

A Dormilón le gusta mantener a todo el mundo ocupado. No soporta a los holgazanes. Los Hijos de los Muertos heredarán un tesoro cuando finalmente nos marchemos.



¡Pum! ¡Pum! Alguien aporreaba mi puerta. Miré a Dama. Anoche se acostó tarde, por lo que se había quedado dormida esta tarde mientras estudiaba. Estaba decidida a descubrir todos los secretos de la magia Hsien y a ayudar a Tobo a controlar las abundantes y sorprendentes manifestaciones sobrenaturales de este mundo. No es que Tobo necesitase mucha ayuda.

Este mundo contiene más fantasmas reales y seres maravillosos, escondidos en los arbustos, tras rocas y árboles y en los límites de la noche, que los que podrían imaginar veinte generaciones de nuestros aterrorizados campesinos. Estos seres siguen a Tobo como si fuese una especie de mesías nocturno o quizá una mascota divertida.

¡Pum! ¡Pum! Tenía que levantar el culo. La caminata hasta la puerta me parecía larguísima.

¡Pum! ¡Pum!

—¡Vamos, Matasanos! ¡Despierta!

La puerta se abrió hacia adentro y mi visitante entró sin permiso. Se trataba del mismísimo demonio de mis pensamientos.

—Tobo...

—¿No has oído a los baobhas cantando?

—He oído cierto jaleo. Tus amigos siempre están armando escándalo por cualquier cosa. Ya no les presto atención.

—Cuando los baobhas cantan, es que alguien va a morir. Además, durante todo el día un viento muy frío ha estado soplando desde la llanura.



Orejas Grandes y Ojo Dorado han estado muy nerviosos y... se trata de Un Ojo, señor. Acabo de hablar con él. Parece que ha tenido otro ataque.

—Joder, deja que agarre mi bolsa.

No es ninguna sorpresa que Un Ojo sufra un ataque. Ese viejo chocho lleva años tratando de deshacerse de nosotros. No ha vuelto a ser el mismo desde que perdimos a Goblin.

—¡Deprisa!

A pesar de que el viejo estaba siempre removiendo la mierda, el chico lo adoraba. A veces parecía querer ser como Un Ojo cuando fuese mayor. De hecho, Tobo veneraba a todos excepto a su propia madre, aunque a medida que se hacía mayor, disminuía la fricción entre los dos. Había madurado mucho desde mi última resurrección.

—Me doy toda la prisa que puedo, vucencia. Este decrepito cuerpo no tiene la soltura de antaño.

—Médico, cúrate a ti mismo.

—Créeme, muchacho, si pudiese, lo haría. Si de mí dependiera, tendría veintitrés años el resto de mi vida, que, por supuesto, duraría otros tres mil años.

—Al tío también le preocupa el viento que sopla de la llanura.

—A Doj siempre hay algo que le preocupa. ¿Qué dice tu padre?

—Papá y mamá están aún en Khang Phi, visitando al maestro Santaraksita.

A sus tiernos veinte años, Tobo ya es el hechicero más poderoso de este mundo. Dama dice que quizá podría ser un rival digno de ella en su juventud. Da miedo. Pero todavía llama a sus padres «papá» y «mamá». Tiene amigos a los que trata como a personas, no como a objetos. Respeta y honra a sus profesores, en lugar de devorarlos para demostrar que es más fuerte que ellos. Su madre lo crió bien, a pesar de haberlo hecho en el entorno de la Compañía Negra. Y aun con su rebeldía innata, espero que siga siendo un ser humano decente cuando alcance el punto máximo de sus poderes.

Mi mujer no cree que eso sea posible. Es pesimista en cuanto al carácter. Insiste en que el poder corrompe de manera inevitable. Solo tiene su propia historia para poder avalar sus opiniones. Y siempre ve el lado oscuro de todo. Incluso así, sigue siendo una de las profesoras de Tobo. Porque, a pesar de su dura apariencia externa, mantiene ese tontorrón carácter romántico que la atrajo hacia mí.

No intenté seguir el ritmo del muchacho. El tiempo me ha hecho más lento. Y cada uno de los miles de kilómetros por los que este viejo y gastado cadáver ha tenido que arrastrarse me ha dejado un dolor nuevo. El tiempo también me ha equipado con un talento para salirme del tema propio de la senectud.

El chico no dejaba de parlotear sobre Sabuesos Negros, hadas, hobs y hobyahs y otras criaturas de la noche que ni he visto ni quiero ver. Las pocas criaturas que había traído eran horrendas, fétidas, hoscas y se mostraban demasiado ansiosas por copular con humanos de cualquier género o inclinación sexual. Los Hijos de los Muertos afirman que ceder no es una buena idea. Hasta ahora la disciplina ha aguantado.

La noche era fría. Habían salido las dos lunas. Chiquillo estaba llena. El cielo estaba totalmente despejado excepto por un búho que daba vueltas perseguido por lo que parecían ser un par de grajos nocturnos. Uno de ellos, a su vez, era seguido por un pájaro negro más pequeño que planeaba tras su estela, atacando cada poco en busca de represalias por alguna clase de transgresión córvida; o por diversión, tal y como lo haría mi cuñada.

Era probable que no fuesen realmente pájaros.

Algo enorme merodeaba detrás de la casa más cercana. Pareció estornudar y desapareció. Lo que pude ver se parecía vagamente a la cabeza de un pato gigante. Los primeros Maestros de las Sombras que conquistaron esta tierra tenían un extraño sentido del humor. Aquella cosa grande, lenta y torpe era un asesino. Otros igual de temibles eran un castor gigante, un cocodrilo de ocho patas y dos brazos, además de múltiples variaciones de depredadores de ganado, caballos y ponis, la mayoría de los cuales pasaban el día escondidos bajo el agua.

Los seres más extraños eran creados por el Maestro de las Sombras sin nombre que ahora es conocido como el Primero o el Maestro del Tiempo. Sus materias primas habían sido sombras de las lindes de la llanura reluciente, que en Hsien se les denomina la Hueste de los Muertos Irredentos. Es justo que Hsien sea conocida como Tierra de las Sombras Desconocidas.

Un largo rugido felino hendió la noche. Debía de ser Orejas Grandes o su hermana Gata Sith. Cuando llegué a la casa de Un Ojo, también los Sabuesos Negros habían comenzado a emitir sonidos.

La casa apenas tenía un año. Los amigos del pequeño mago la levantaron tras terminar las suyas. Antes de eso, Un Ojo y su novia, Gota, la abuela de Tobo, vivían en una horrenda y maloliente cabaña de ramas y barro. El nuevo lugar estaba hecho de piedra y argamasa. Tenía un techo de paja de primera sobre cuatro grandes habitaciones, una de las cuales ocultaba un alambique. Aunque Un Ojo sea demasiado viejo como para introducirse en el mercado negro local, estoy seguro de que seguirá destilando licores hasta que su propio espíritu parta de su marchita carne. El viejo es pura dedicación.

Gota tenía la casa limpiísima gracias al antiguo método de obligar con amenazas a que su hija Sahra hiciera las tareas domésticas. Gota, a la que los viejos aún llaman la Trol, estaba tan débil como Un Ojo. Eran tal para cual en su pasión por las bebidas fuertes. Cuando Un Ojo dé su último suspiro, estará sirviéndole un poco de aguardiente a su amorcito.

Tobo sacó la cabeza por la puerta.

—¡Aprisa!

—¿Sabes con quién estás hablando, muchacho? Con el antiguo dictador militar de todas las Taglias.

El chico sonrió, tan poco impresionado como cualquiera estos días. «Solía ser» no se merece ni el tiempo que se tarda en decirlo.

Tiendo a filosofar sobre este asunto, quizá demasiado. Hace tiempo, yo no era nadie y no tenía ambición por ser alguien. Las circunstancias



conspiraron para colocar en mis manos un inmenso poder. Podría haberle sacado las tripas a medio mundo si me hubiese apetecido hacerlo. Pero dejé que otras obsesiones se apoderaran de mí. Así que aquí estoy, al otro lado de la rueda, justo donde empecé, raspando heridas, colocando huesos y escribiendo historias que es probable que nadie lea. Solo que ahora soy mucho más viejo y cascarrabias. He enterrado a todos los amigos de la infancia excepto a Un Ojo...

Me agaché para entrar en la casa del viejo mago.

El calor era feroz. Un Ojo y Gota tenían problemas para calentarse incluso en verano. Aunque los veranos en el sur de Hsien apenas son calurosos.

Me quedé mirando.

—¿Estás seguro de que tiene problemas?

—Trató de decirme algo. No lo entendí, de modo que acudí a ti. Tenía miedo —dijo Tobo.

Él. Miedo.

Un Ojo estaba sentado en una silla destartada que había construido él mismo. No se movía, pero había seres que se agitaban en las esquinas de la sala, a menudo solo podía verlos con el rabillo del ojo. Por el suelo se amontonaban caparazones de caracoles. El padre de Tobo, Murgén, los llama duendes, por ciertos enanitos que recuerda de su juventud. Debía de haber veinte razas diferentes alrededor, desde algunos no mayores que un pulgar a otros que llegaban hasta la cintura. Realmente actuaban cuando nadie los miraba. Aquello volvía loca a Dormilón, pues la obligaba a devanarse los sesos pensando en nuevas tareas para que los villanos de la Compañía no se metieran en problemas.

La casa de Un Ojo estaba invadida por un poderoso hedor. Provenía de la malta en el alambique.

El viejo diablillo parecía una cabeza reducida que nadie se había molestado en separar del cuerpo. Un Ojo era pequeñajo. Ni siquiera en su mejor momento había sido grande. A la edad de doscientos y pico años, con ambas piernas y un brazo en la tumba, parecía más un mono arrugado que un ser humano.

—Me cuentan que otra vez te ha dado por llamar la atención, viejo —le dije.

Me arrodillé y el ojo de Un Ojo se abrió. Se centró en mí. El tiempo había sido benévolo en ese aspecto. Su visión seguía siendo buena.

Abrió su boca desdentada. Al principio no se oyó nada. Trató de alzar una mano que parecía una araña de caoba. No tenía fuerzas.

Tobo arrastró los pies y murmuró algo a los seres en las esquinas. Hay diez mil seres extraños que infestan Hsien y él los conoce a todos por su nombre. Y todos lo adoran. Para mí esta intersección con el mundo oculto ha sido lo más problemático de nuestra estancia en la Tierra de las Sombras Desconocidas.

Me gustaban más cuando seguían siendo desconocidas.

En el exterior, Llorón o Concha Negra, o algún otro Sabueso Negro, comenzó a armar jaleo. Otros contestaron. El alboroto se



trasladó hacia el sur, hacia la Puerta de las Sombras. Quise que Tobo fuese a investigar.

Se quedó inmóvil, sin dejar de preguntar y de quejarse. Estaba a punto de convertirse en un auténtico dolor de muelas.

—¿Cómo está tu abuela? —pregunté.

Golpe preventivo.

—¿Por qué no vas a ver?

Gota no estaba en la habitación. A menudo andaba por la casa determinada a ayudar a Un Ojo, a pesar de estar tan débil como él.

Un Ojo emitió un ruido, movió la cabeza, intentó alzar una mano de nuevo. Vio que el chico salía de la habitación. Su boca se abrió. Consiguió hacer que las palabras brotaran a empujones.

—Matasanos. Este es el... último... Ha acabado. Lo percibo. Viene. Por fin.

No discutí con él, no lo cuestioné. Error mío. Habíamos pasado por escenas similares media docena de veces. Sus ataques nunca eran fatales. Parecía ser que el destino le tenía guardado un último papel que desempeñar en el gran designio del mundo.

A pesar de todo, tuvo que repetir su soliloquio habitual. De nuevo me advirtió contra el orgullo, pues no le entra en la cabeza que ya no soy el Libertador, el dictador militar de todas las Taglias. He abdicado de mi capitanía en la Compañía Negra. La Cautividad no me he dejado lo suficientemente racional como para asumir esa tarea. Tampoco mi suplente, Murgen, salió ileso. La carga ahora descansa sobre los toscos y pequeños hombros de Dormilón.

Para colmo, Un Ojo me pidió que me cuidara de Gota y de Tobo. Una y otra vez me recordaba que vigilara los malvados trucos de Goblin, a pesar de que lo habíamos perdido años atrás.

Sospecho que, si hay un más allá de alguna especie, esos dos se encontrarán unos seis segundos después de que Un Ojo estire la pata y entonces retomarán su disputa justo donde la dejaron en vida. De hecho, me sorprende que Goblin no ande por ahí rondando a Un Ojo. Amenazó con hacerlo cientos de veces.

Quizá es que Goblin no consigue encontrarlo. Algunos de los nyueng bao dicen que se sienten perdidos porque las sombras de sus ancestros no pueden encontrarlos para cuidar de ellos y darles consejos en los sueños.

Parece ser que Kina tampoco puede encontrarnos. Dama no ha tenido una pesadilla en años.

Quizá Goblin consiguió matarla.

Un Ojo me hizo un gesto con uno de sus dedos disecados.

—Más cerca.

Me arrodillé frente a él y abrí mi botiquín. No podía estar más cerca. Lo agarré de la muñeca. Tenía el pulso débil, acelerado e irregular. No me dio la impresión de que hubiera sufrido un infarto.

Murmuró:

—No soy... un idiota... que no sabe... dónde está... y qué ha pasado... ¡Escucha! Cuídate de... Goblin... Chiquilla y Tobo... No lo vi muerto... Lo dejé con... Madre del Engaño.



—¡Joder!

Nunca se me había ocurrido. No estuve allí. Aún era uno de los Tomados cuando Goblin ensartó a la diosa Durmiente con el estandarte. Solo Tobo y Dormilón habían sido testigos de ello. Y había que sospechar de cualquier cosa que supiesen. Kina era la reina de los impostores.

—Buena idea, viejo. Ahora, ¿qué tengo que hacer para que te levantes y me sirvas un trago?

Entonces me sobresalté al ver que algo parecido a un pequeño conejo negro me miraba desde debajo de la silla de Un Ojo. Aquello era nuevo. Podía llamar a Tobo, él sabría lo que era. Hay incontables variedades de estas cosas, enormes y pequeñas, algunas gentiles y otras no tanto. Siempre andan alrededor de Tobo. En pocos casos, casi siempre con los seres más desagradables, ha seguido el consejo de Dama y los ha ligado a su servicio personal.

Los Hijos de los Muertos se preocupan por Tobo. Tras cientos de años de sufrimiento bajo el pie de los Maestros de las Sombras se han vuelto paranoicos en lo concerniente a los hechiceros extranjeros.

Hasta ahora los caudillos han sido razonables. Ninguno de ellos quiere provocar la ira de los Soldados de la Oscuridad. Eso podría hacer que la Compañía se aliara con un rival. La Fila de Nueve cultiva con celo y primor el equilibrio de fuerzas, el statu quo. Un caos formidable siguió a la expulsión del último Maestro de las Sombras. Ninguno de los caudillos quiere que vuelva ese caos, aunque lo que ahora tiene Hsien se parece mucho a una anarquía ligeramente organizada. En cualquier caso, ninguno está dispuesto a ceder el más mínimo poder a otra autoridad.

Un Ojo sonrió revelando unas encías negras.

—No vas a engañarme... capitán.

—Ya no soy capitán. Me he jubilado. No soy más que un viejo que se rodea de papeles como excusa para seguir del lado de los vivos. Dormilón es quien manda.

—Aun así... la gestión.

—Estoy a punto de gestionarte ese viejo y arrugado culo que tienes...

—Me quedé en silencio.

Su ojo se había cerrado. Dejó claras sus intenciones a base de ronquidos.

En el exterior se oyó otro grito seguido de aullidos, algunos próximos, otros cerca de la Puerta de las Sombras. Los caparazones de los caracoles crujieron, temblaron y, aunque no vi a nadie tocar nada, salieron disparados girando por la habitación. Entonces escuché el distante bramido de un cuerno.

Me alcé y me retiré sin dar la espalda a Un Ojo. Uno de sus placeres de toda la vida (aparte de estar todo el día borracho) era hacer que el incauto tropezara con su bastón.

Tobo volvió a aparecer. Tenía un aspecto espantoso.

—Capitán... Matasanos. Señor. No entendí bien lo que trataba de decirme.

—¿Qué?

—No era él. Se trata de la abuela Gota.

La abuela de Tobo, Ky Gota, murió feliz. Tan feliz como la Trol podía, es decir, más borracha que tres búhos ahogados en un barril de vino. Se había bebido una enorme cantidad de licor muy potente antes de marcharse.

—Si sirve de consuelo, es probable que no se enterara de nada —le dije al muchacho.

Aunque la evidencia sugería que había sabido exactamente lo que ocurría.

No conseguí engañarlo.

—Sabía que le estaba llegando. Los greylings estaban aquí.

Algo detrás del alambique gorjeó suavemente en respuesta al sonido de su voz. Al igual que los baobhas, los greylings, como muchos otros seres en Hsien, presagian la muerte. Es probable que algunas de las criaturas que habían estado aullando en el páramo también la hubiesen estado presagiando.

Dije lo que se les suele decir a los jóvenes.

—Probablemente, fue una bendición. Tenía dolores constantes y yo ya no podía hacer nada por ella.

El cuerpo le había supuesto a la anciana un tormento desde que la conocía. Los últimos años se habían convertido en un infierno.

Por un instante, Tobo pareció un muchacho triste que quisiese enterrar el rostro en la falda de su madre para llorar un rato. Al poco tiempo pareció de nuevo un joven que tenía todo bajo control.

—Tuvo una vida larga y plena, no importa lo mucho que se quejase. La familia le debe mucho a Un Ojo por ello.

Quejarse, sí que se había quejado, con frecuencia y a grandes gritos, a todos y sobre todo. Yo había tenido la fortuna de perderme gran parte de la era de Gota, ya que había estado enterrado vivo durante una década y media. Vaya tipo listo que estoy hecho.

—Hablando de la familia, tienes que buscar a Doj. Y será mejor que le des la noticia a tu madre. Tan pronto como puedas, tendrás que darnos a conocer las disposiciones para el funeral.

Las costumbres funerarias de los nyueng bao son muy caprichosas. A veces entierran a los difuntos, otras veces los queman, o bien los envuelven y los cuelgan de los árboles. Las reglas no están claras.

—Doj llevará a cabo los preparativos. Estoy seguro de que la comunidad requerirá algo tradicional, en cuyo caso mi postura es la de mantenerme al margen.

La comunidad está compuesta por aquellos nyueng bao asociados a la Compañía Negra que no se han alistado formalmente y que aún no han



desaparecido en los misteriosos confines de la Tierra de las Sombras Desconocidas.

—Sin duda.

La comunidad está orgullosa de Tobo, pero la costumbre requiere que lo miren con cierto desprecio por ser un mestizo y por su falta de respeto hacia la tradición.

—Es necesario que otros lo sepan. Será un momento de gran ceremonia. Tu abuela es la primera mujer de nuestro mundo que ha fallecido aquí. Eso sin contar al cuervo blanco.

La vieja Gota parecía menos formidable estando muerta.

Los pensamientos de Tobo se movían en dirección oblicua a los míos.

—Habrá otro cuervo, capitán. Siempre hay otro cuervo. Se sienten como en casa con la Compañía Negra.

Por tal motivo, los Hijos de los Muertos llaman a nuestro pueblo la Morada de Cuervos. Siempre hay cuervos, reales o ignotos.

—En el pasado siempre estaban gordos.

Las Sombras Desconocidas nos rodeaban. Yo mismo podía verlas fácilmente, aunque casi nunca con nitidez, ni por más de un instante. Los momentos de intensa emoción hacen que salgan de los caparazones donde Tobo les había enseñado a esconderse.

En el exterior se produjo un nuevo alboroto. Las pequeñas oscuridades se agitaron con nerviosismo, después se disgregaron hasta desaparecer sin revelar nunca su forma exacta.

—Los onironautas deben de estar al otro lado de la Puerta de las Sombras.

No opinaba lo mismo. Aquel jaleo nocturno era diferente.

De la habitación donde habíamos dejado a Un Ojo surgió un grito humano. Como me temía, el viejo había estado simulando los ronquidos.

—Será mejor que vea qué quiere. Ve a por Doj.

—Estás fingiendo.

El viejo estaba agitado. Estaba tan furioso que hablaba claramente, sin demasiadas toses o resoplidos. Alzó una mano. Un dedo arrugado y huesudo apuntaba a algo que solo él podía ver.

—Se aproxima la fatalidad, Matasanos. Pronto. Puede que esta misma noche.

Algo en el exterior aulló como para reforzar su argumento, pero no lo oyó.

La mano cayó. Se quedó quieta varios segundos. Entonces se alzó de nuevo, uno de los dedos señalaba una lanza negra con ornamentos que descansaba de unos ganchos sobre la puerta.

—Está acabada.

Había estado trabajando en aquella herramienta mortal durante generaciones. Su poder mágico era lo bastante fuerte como para que yo lo notara cada vez que la miraba fijamente. Por lo general, soy sordo, mudo y ciego en cuestiones mágicas. Me casé con la mejor consejera que podía tener en dichos temas.

—Si te topas con... Goblin. Dale... la lanza.

—¿Se la paso sin más?

—También mi sombrero.

Un Ojo me lanzó una sonrisa desdentada. Durante todo el tiempo que había pasado con la Compañía, había llevado el sombrero de fieltro negro más grande, feo, sucio y vergonzoso que se pueda imaginar.

—Pero... tienes que hacerlo... bien.

Así que aún tenía una broma pesada guardada. El problema es que pretendía gastársela a un hombre muerto y, para cuando pudiese hacerse, él mismo llevaría mucho tiempo fallecido.

Hubo un rasgueo en la puerta. Alguien entró sin aguardar a ser invitado. Alcé los ojos. Era Doj, el viejo maestro de esgrima y sacerdote de la comunidad de los nyueng bao, que había estado asociado a la Compañía durante veinticinco años, pero sin formar parte de ella. A pesar del tiempo que ha pasado, sigo sin confiar del todo en él. De todas formas, parece que soy el único que tiene dudas.

—El chico dijo que Gota...

—Allí detrás —dije haciendo un gesto.

Asintió entendiendo. Tenía que centrarme en Un Ojo, pues no podía hacer nada por los muertos. Me temía que tampoco podía hacer mucho por Un Ojo.

—¿Dónde está Thai Dei? —preguntó Doj.

—Supongo que en Khang Phi, con Murgén y Sahra.

Gruñó.

—Enviaré a alguien.

—Deja que Tobo mande algunas de sus mascotas.

Así dejarían de ser un estorbo y tendría la consecuencia adicional de recordarle a la Fila de Nueve, el consejo general de caciques, que los Soldados de Piedra disfrutaban de recursos inusuales. Eso si eran capaces de detectar a tales entidades.

Doj se detuvo en la puerta que daba a la parte trasera.

—Algo pasa esta noche con esas criaturas. Actúan como monos cuando un leopardo está al acecho.

A los monos los conocemos bien. Los monos de las rocas, que dominan las ruinas que ocupan el lugar donde Kiaulune se alza en nuestro propio mundo, son tan molestos y numerosos como una plaga de langostas. Son tan astutos y diestros como para meterse en cualquier sitio que no esté sellado mágicamente y no le tienen miedo a nada. Tobo tiene demasiado buen corazón como para emplear a sus amigos sobrenaturales en un rápido ataque correctivo.

Doj desapareció por el umbral. Seguía estando muy ágil a pesar de que era más viejo que Gota. Aún repasaba sus rituales de esgrima cada mañana. Yo sabía, por observación directa, que con espadas de práctica era capaz de derrotar a todos excepto a unos pocos de sus discípulos. Sospecho que esos pocos se llevarían una desagradable sorpresa si el duelo fuese con acero real.

Tobo es el único con tanto talento como Doj. En realidad, Tobo puede hacer cualquier cosa, siempre con elegancia y ridícula facilidad. Tobo es el hijo que todos creemos merecer.



Me eché a reír.

Un Ojo murmuró.

—¿Qué?

—Estaba pensando cuánto creció mi bebé.

—¿Es eso gracioso?

—Como el mango roto de una escoba metido en el culo.

—Deberías... aprender a apreciar... las bromas pesadas... cósmicas.

—Yo...

El cosmos se libró de mi rencor. La puerta de la calle se abrió dando paso a alguien menos formal incluso que el tío Doj. Sauce Swan ni siquiera preguntó antes de entrar.

—¡Cierra! ¡Rápido! —le espeté—. Ese brillo de luna en tu cabeza me está cegando.

No pude resistirme. Lo recordaba de joven, con un bonito pelo largo y rubio, el rostro hermoso y una mal disimulada lujuria hacia mi mujer.

—Dormilón me ha enviado —dijo Swan—. Hay rumores.

—Quédate con Un Ojo. Yo mismo daré la noticia.

Swan si inclinó hacia adelante.

—¿Respira?

Con el ojo cerrado Un Ojo parecía estar muerto. En realidad, allí tumbado sobre la paja, esperaba poder agarrar a alguien con el bastón. Iba a ser un hijo de puta hasta el final.

—Por ahora no le ocurre nada. Quédate con él y dame un grito si hay algún cambio.

Coloqué mis cosas en el maletín. Me apoyé en la silla de Un Ojo para poder levantarme y me crujieron las rodillas. Los dioses son crueles. Deberían dejar que la carne envejeciese al mismo ritmo que el espíritu. De ese modo algunos morirían de viejos en una semana. Otros disfrutarían de una juventud eterna y yo no tendría tantos dolores.

Salí de la casa de Un Ojo cojeando. Me dolía el pie.

Los seres ocultos correteaban de acá para allá sin que pudiera verlos del todo. La luz de la luna tampoco ayudaba mucho.

## 4

### La Arboleda de la Condena: canciones nocturnas

Los tambores comenzaron con el ocaso. Con suavidad, la oscura y susurrante promesa de la noche se acercaba. Ahora rugían sin freno. La verdadera noche había llegado. Ni siquiera había un mínimo rastro de luna. La temblorosa luz de cien fuegos hacía que las sombras danzasen. Parecía como si los árboles se hubiesen arrancado las raíces para participar.

Cien desenfrenados discípulos de la Madre de la Noche brincaban con ellos, cada vez con mayor pasión.

Cien prisioneros atados temblaban, lloraban y defecaban, el miedo destruía a algunos que se habían creído héroes. Sus súplicas caían en saco roto.

Una amenazante oscuridad emergió de la noche arrastrada por prisioneros que tiraban de las cuerdas con la vana esperanza de que, complaciendo a sus captores, pudiesen sobrevivir. La forma resultó ser la estatua de siete metros de altura de una mujer tan negra y brillante como el ébano pulido. Tenía cuatro brazos, rubíes en lugar de ojos y colmillos de cristal en vez de dientes. Llevaba un collar de calaveras y otro de penes cortados. Cada mano en forma de garra asía un símbolo de su poder sobre la humanidad. Los prisioneros solo vieron la soga.

El ritmo de los tambores se aceleró. El volumen aumentó. Los Hijos de Kina comenzaron a cantar un himno oscuro. Aquellos prisioneros que creían en algo comenzaron a rezar a sus dioses.

Un viejo huesudo observaba desde los escalones del templo que se alzaba en el corazón de la Arboleda de la Condena. Estaba sentado. Ya no se levantaba a menos que fuese necesario. Tenía la pierna derecha rota y el hueso no se había soldado bien. Caminar era doloroso y trabajoso. Incluso estar de pie era toda una hazaña.

Una maraña de andamios se alzaba detrás de él. El templo estaba siendo restaurado. De nuevo.

Sobre él, incapaz de quedarse quieta, había una hermosa joven. El anciano temía que su excitación fuese sensual, casi sexual. No era apropiado. Era la Hija de la Noche. No existía para servir a sus propios placeres.

—¡Puedo sentirlo, Narayan! —dijo entusiasmada—. Es inminente. Este ritual va a reconectarme con mi madre.

—Quizá. —El viejo no estaba convencido.

No había habido conexiones con la diosa en cuatro años. Estaba preocupado. Su fe estaba siendo probada. De nuevo. Y aquella chiquilla se había convertido en una jovencita demasiado testaruda e independiente.

—Quizá consiga hacer caer sobre nosotros la ira de la protectora.

No insistió más. Llevaban discutiendo desde el instante en el que ella, tres años atrás, usó parte de su talento mágico, aún burdo e indisciplinado, para cegar a sus guardianes y así escapar de la custodia de la protectora.

El rostro de la chica se endureció. Por un instante adoptó la temible implacabilidad que se veía en el rostro del ídolo. Como siempre hacía cuando se sacaba el tema de la protectora, dijo:

—Se arrepentirá de habernos maltratado, Narayan. Su castigo no será olvidado aunque pasen mil años.

Narayan se había hecho viejo estando siempre perseguido. Era el orden natural de su existencia. Siempre procuraba que su culto sobreviviera a la ira de sus enemigos. La Hija de la Noche era joven y poderosa y poseía toda la impetuosidad y el descreimiento en su mortalidad propios de la juventud. ¡Era la hija de una diosa! La edad en la que la diosa gobernaría el mundo y lo cambiaría todo estaba a punto de llegar. En el nuevo orden la Hija



de la Noche se convertiría en diosa. ¿Qué motivo tenía para tener miedo? ¡Aquella loca en Taglios no era nadie!

La invencibilidad y la precaución: siempre en desacuerdo, pero siempre inseparables.

La Hija de la Noche creía con todo su corazón y alma que era la hija espiritual de una diosa. No tenía otro remedio, aunque hubiese nacido de hombre y mujer. Sobre su corazón, como una mancha, había una mota de humanidad. Necesitaba poseer a alguien.

Sus movimientos se acentuaron, cada vez más sensuales, menos controlados. Narayan hizo una mueca de disgusto. No debía forjar una conexión interna entre el placer y la muerte. En uno de sus avatares, la diosa era una destructora, pero no debían ofrecerse vidas en su nombre por razones tan livianas. Kina no aprobaría que su hija se rindiera al hedonismo. Si lo hacía, habría castigos. Los más duros sin duda recaerían sobre Narayan Singh.

Los sacerdotes estaban listos. Arrastraron a los prisioneros, que gimoteaban, para cumplir el gran propósito de sus vidas, ser parte de los ritos que consagrarían el templo de Kina. El segundo rito trataría de contactar con la diosa, que yacía encadenada en un sueño encantado, para que de nuevo la Hija de la Noche fuese bendecida con la sabiduría y la visión certera de la Oscura Madre.

Era necesario hacer tales cosas. Pero Narayan Singh, el santo viviente de los Impostores, el gran héroe del culto de los Estranguladores, no era un hombre feliz. El control había desaparecido casi por completo. La chica había comenzado a alterar el culto para que reflejase su propio paisaje interior. Temía la posibilidad de que algunas de sus discusiones no sanaran por completo. Eso mismo había ocurrido con sus hijos reales. Le había jurado a Kina que criaría correctamente a la chica, que ambos conseguirían provocar el Año de los Cráneos. Pero si seguía siendo tan testaruda y egoísta...

No pudo contenerse más. Corrió a toda prisa escaleras abajo y arrancó un pañuelo estrangulador de uno de los sacerdotes.

Lo que entonces vio Narayan en el rostro de la chica solo lo había visto antes en el de su esposa, en mitad de la pasión. Hacía tanto tiempo de aquello que parecía haber ocurrido en un giro anterior de la rueda de la vida.

Entristecido, comprendió que cuando se iniciase el siguiente rito, se lanzaría a torturar a las víctimas. En su estado, cabía la posibilidad de que se involucrara demasiado y vertiese sangre, una ofensa que la diosa nunca perdonaría.

Narayan Singh estaba extremadamente preocupado.

Aún se preocupó más cuando divisó un cuervo en las ramas bifurcadas de un árbol que estaba justo detrás del mortal rito. Peor, el cuervo se dio cuenta de que lo estaba mirando. Se lanzó al aire con un grito de burla. Cientos de cuervos contestaron inmediatamente por encima del bosque.

¡La protectora lo sabía!

Narayan gritó a la chica. Demasiado sumida en lo que hacía, no lo oyó.

La agonía cruzó sus piernas al ponerse de pie. ¿En qué momento llegarían los soldados? ¿Podría correr de nuevo? ¿Cómo mantendría viva



la esperanza de la diosa si su carne era tan frágil y su fe estaba tan desgastada?

## 5

## Una Morada de Cuervos: cuartel general

Puesto Avanzado era una tranquila ciudad de anchas calles y blancas paredes. Habíamos adoptado la costumbre nativa de blanquearlo todo excepto los techos de paja y la vegetación decorativa.

Durante los días festivos, algunos lugareños incluso se pintaban de blanco. El blanco había sido un gran símbolo de resistencia para los Maestros de las Sombras en tiempos pasados.

Nuestra ciudad era artificial y militar; llena de líneas rectas, limpia, tranquila. Excepto de noche, si a los amigos de Tobo les daba por pelearse entre ellos. Durante el día, el ruido estaba confinado a los terrenos de entrenamiento, donde el último grupo de nativos aspirantes a aventureros aprendía la forma de actuar de la Compañía Negra. Yo estaba alejado de todo eso, solo de vez en cuando tenía que remendar algunas heridas de entrenamiento. Nadie de los de mi época se involucraba ya en nada. Como Un Ojo, soy una reliquia de un tiempo distante, un icono viviente de esa historia que forma parte de la cohesión social que mantiene unida a la Compañía. Me hacen aparecer en ocasiones especiales para dar sermones que empiezan así: «En aquellos días, la Compañía estaba al servicio de...».

Era una noche espeluznante, las dos lunas iluminaban todo y creaban sombras conflictivas. Las mascotas de Tobo cada vez estaban más inquietas. Llegué a poder vislumbrar claramente a algunas de ellas, pues estaban tan distraídas como para olvidarse de seguir escondidas. En el fondo me daban pena.

El tumulto en la dirección de la Puerta de las Sombras se alzó para desaparecer de inmediato. Ahora también allí había luces. Un par de estrellas fugaces volaron antes de que llegara a mi destino. Comencé a inquietarme.

El cuartel general era un edificio de dos plantas en el centro de la ciudad. Dormilón lo había llenado de ayudantes, asociados y funcionarios que controlaban cada clavo de herradura y cada grano de arroz. Había convertido el mando en un ejercicio burocrático. No me gustaba. Evidentemente, yo no era más que un viejo gruñón que siempre les recordaba cómo solían ser las cosas en los viejos tiempos. De la única manera posible; a mi manera.

En cualquier caso, no creo haber perdido mi sentido del humor. Aprecio la ironía que supone el haberme convertido en mi abuelo.

Me he echado a un lado. He pasado la antorcha a alguien más joven, más enérgico y, tácticamente, más brillante de lo que yo lo fui. Pero no he



abandonado mi derecho a involucrarme, a contribuir, a criticar y, sobre todo, a quejarme. Es un trabajo que alguien tiene que hacer. Así que a veces me gusta poner de los nervios a los jóvenes. No les viene mal. Fortalece el carácter.

Deambulé por la planta baja donde Dormilón realiza tareas inútiles para aislarse del mundo. Día y noche, siempre hay un grupo de personas contando puntas de flecha o granos de arroz. Tengo que recordarle que salga al mundo de vez en cuando. Erigir barreras no es una protección ante los demonios que ya tiene dentro.

Casi era tan viejo como para poder hablar así.

Su rostro seco, oscuro, casi asexual, mostraba gran irritación cuando entré. Estaba orando. No lo entiendo. A pesar de todo por lo que ha pasado, de tantas cosas que echan por tierra la doctrina de Vehdna, sigue teniendo fe.

—Esperaré hasta que hayas acabado.

Lo irritante era que hubiese presenciado aquel rezo. Lo vergonzoso era la necesidad de creer a pesar de todas las evidencias.

Se levantó y plegó la alfombra de rezos.

—¿Está muy mal esta vez?

—Los rumores no eran ciertos. No se trataba de Un Ojo, sino de Gota. Ha muerto. Pero Un Ojo cree que va a ocurrir algo. Aunque se muestra muy elusivo al respecto. Los amigos de Tobo se comportan de forma más extraña de lo habitual, así que es posible que no todo sea producto de la imaginación de Un Ojo.

—Será mejor que envíe a alguien a por Sahra.

—Tobo se está ocupando de eso.

Dormilón me observó detenidamente. Puede que sea baja, pero tiene presencia y confianza en sí misma.

—¿En qué piensas?

—Percibo parte de lo que percibe Un Ojo. Quizá sea que no soporto la paz prolongada.

—¿Dama te está insistiendo otra vez en volver a casa?

—No. Está preocupada por la última comunión de Murgen con Shivetya.

Por decir algo. La historia moderna se ha tornado cruel en nuestro mundo nativo. El culto de los Impostores se recupera en nuestra ausencia, consiguiendo conversos por cientos. A la vez, Atrapa Almas atormentó los territorios taglios en un esfuerzo desesperado, y en gran parte vano, por desterrar a sus enemigos, la mayoría de los cuales habían sido imaginarios hasta que ella y Mogaba los crearon gracias a su celo.

—No ha dicho nada, pero estoy bastante seguro de que teme que Booboo esté manipulando de algún modo a Atrapa Almas.

Dormilón no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Booboo?

—Es culpa tuya. Lo vi en algo que escribiste.

—Es tu hija.

—De algún modo hay que llamarla.

—No me puedo creer que nunca eligieseis un nombre.

—Nació antes...

A mí me gusta «Ghana». Valió para mi abuela. Dama se habría negado. Se parecía demasiado a Kina.

Y aunque Booboo fuese una pesadilla al acecho, era hija de Dama y, en la tierra donde creció, las madres siempre elegían el nombre para las hijas. Siempre. Llegado el momento propicio.

Ese momento nunca llegará en este caso. La niña reniega de ambos. Afirma que nuestra carne dio vida a la suya, pero está animada por una convicción absoluta de que es la hija espiritual de la diosa Kina. Es la Hija de la Noche. Su existencia tiene como único fin precipitar el Año de los Cráneos, ese gran desastre humano que liberará a su durmiente madre espiritual para que siga propagando su maldad por el mundo. O, de hecho, por los mundos. Tal y como habíamos descubierto cuando, gracias a mi búsqueda de los antiguos orígenes de la Compañía, llegamos a la fortaleza azotada por el tiempo que se alza sobre la llanura de piedra reluciente que separa nuestro mundo de la Tierra de las Sombras Desconocidas.

El silencio se hizo entre nosotros. Dormilón había sido analista durante largo tiempo. Había llegado joven a la Compañía. Sus tradiciones significaban mucho para ella. En consecuencia, siempre se mostraba cortés con sus predecesores. Pero estoy seguro de que internamente se impacientaba con viejos chochos como yo. Sobre todo como yo. Me conocía bien. Siempre le hacía perder el tiempo tratando de averiguar qué se cocía. He empezado a poner tanto énfasis en los detalles que ahora no tengo otra cosa que hacer sino escribir.

—No te voy a dar consejos a menos que los pidas.

Eso la sorprendió.

—Es un truco que aprendí de Atrapa Almas. La gente se cree que lees la mente. A ella le sale mucho mejor.

—Estoy segura. Ha tenido mucho tiempo para practicar. —Resopló con las mejillas hinchadas—. Hace una semana que hablamos. Vamos a ver. Nada que informar sobre Shivetya. Murgen ha estado en Khang Phi con Sahra, de modo que no ha estado en contacto con el golem. Los informes de los que trabajan en la llanura dicen que sufren continuas premoniciones de desastres.

—¿Sí? ¿Lo han dicho con esas palabras? —Tenía sus momentos pomposos.

—Más o menos.

—¿Cuál es la situación del tráfico?

—No hay.

Parecía desconcertada. La llanura no había sido cruzada por nadie durante generaciones antes de que la Compañía controlase el paso. Los últimos, anteriores a nosotros, habían sido los Maestros de las Sombras en su huida desde la Tierra de las Sombras Desconocidas hacia nuestro mundo, antes de que yo naciera.

—Pregunta equivocada, supongo. ¿Cómo vas con las preparaciones para nuestro regreso?

—¿Es una pregunta personal o profesional?

Con Dormilón todo eran negocios. Ni siquiera recuerdo haberla visto relajada. A veces eso me preocupa. Algo en su pasado, que se vislumbra en



sus propios Anales, la había convencido de que era la única forma de estar a salvo.

—Ambas cosas.

Deseaba poder decirle a Dama que volveríamos pronto a casa. No le tenía aprecio alguno a la Tierra de las Sombras Desconocidas.

Estoy seguro de que, vayamos donde vayamos, no va a disfrutar del futuro. Estoy totalmente convencido de que los tiempos venideros no serán buenos. Creo que ella aún no lo entiende. Todavía tiene esperanza.

Incluso ella puede ser muy ingenua en algunas cosas.

—La respuesta corta es que probablemente podamos enviar una compañía de refuerzo el mes próximo. Eso si conseguimos el conocimiento necesario para usar las Puertas de las Sombras.

Cruzar la llanura es toda una empresa, ya que hay que transportar lo necesario para una semana. En ella no hay otra comida que piedra reluciente. La piedra tiene memoria, pero pocos valores nutricionales.

—¿Tú también vas?

—Pase lo que pase, voy a enviar exploradores y espías. Podemos usar las Puertas de las Sombras de nuestro mundo siempre que pasemos en pequeños grupos.

—¿No seguirás el consejo de Shivetya?

—El demonio tiene sus propios planes.

Ella debía de saberlo. Había estado en directa comunión con el Guardián Inquebrantable.

Lo que yo sabía de los diseños del golem hacía que me preocupara por Dama. Shivetya, esa antigua deidad creada para controlar y vigilar la llanura (que en sí misma era un artefacto), quería morir. No podía hacerlo mientras Kina sobreviviese. Una de sus tareas es garantizar que la diosa Durmiente no despierta y escapa de su prisión.

Cuando Kina deje de existir, el tenue control que tiene mi mujer de esos poderes mágicos tan importantes para su sensación de valor e identidad perecerá con ella. Los poderes de los que presumía Dama los había conseguido robándoselos a la diosa. Era un parásito.

—Y tú, creyéndote el dicho de la Compañía de que no tenemos amigos fuera de nuestro círculo, no valoras su amistad.

—Oh, es un ser maravilloso, Matasanos. Me salvó la vida. Pero no lo hizo porque sea guapa y porque mueva las zonas adecuadas del cuerpo cuando corro.

No era guapa. Tampoco me la podía imaginar moviéndose. Era una mujer que había engañado a todos durante años simulando ser un chico. En ella no había nada femenino. Tampoco nada masculino. No era un ser sexual, aunque por un tiempo hubo rumores de que ella y Swan se habían convertido en pareja de juegos nocturnos.

Resultó ser algo puramente platónico.

—Me reservaré el comentario. Me has sorprendido en otras ocasiones.

—¡Capitán!

A veces le costaba averiguar cuándo alguien estaba de broma o se mostraba sarcástico. A pesar de que su lengua era afilada como una navaja.

Comprendió que le estaba tomando el pelo.

—Entiendo. Entonces déjame que te sorprenda una vez más pidiéndote consejo.

—Oh, oh. Será como afilar patines en el infierno.

—Aullador y Sombra Larga. He de tomar una decisión.

—¿La Fila de Nueve te está dando otra vez problemas?

La Fila de Nueve («Fila» en su sentido militar) era un consejo de caciques cuyas identidades eran secretas y que formaba algo parecido a un organismo gobernante en Hsien. La monarquía y la aristocracia oficiales eran poco más que aspectos decorativos y, en general, demasiado cercanos a la pobreza como para conseguir nada si se lo proponían.

La Fila de Nueve tenía un poder limitado. Su existencia apenas servía para que la anarquía se convirtiese en un caos total. Los Nueve habrían sido más efectivos si no apreciases su anonimía más que su supuesto poder.

—La Fila y el Tribunal de Todas las Estaciones. Los nobles jueces quieren a Sombra Larga.

La corte imperial de Hsien (que consiste en aristócratas con menos poder real que la Fila de Nueve, pero que disfrutan de una mayor autoridad moral) estaba obsesionada con poseer a Sombra Larga. Al ser yo un viejo cínico, sospechaba que su ambición no era del todo moral. En cualquier caso, teníamos poco trato con ella. Su capital, Quang Ninh, estaba demasiado lejos.

Lo único que los habitantes de Hsien tenían en común, todo noble y campesino, todo sacerdote y cacique, era una implacable y cruel sed de venganza contra los Maestros de las Sombras que antaño los habían invadido. Sombra Larga, aún atrapado en estasis bajo la llanura reluciente, representaba la última oportunidad de conseguir esa venganza catártica. El valor de Sombra Larga en nuestros tratos con los Hijos de los Muertos era totalmente desproporcionado.

El odio casi nunca se atiene a escalas racionales.

—Y apenas pasa un día —continuó Dormilón— en el que no tenga que escuchar a algún cacique menor rogándome que traiga a Sombra Larga. La forma en la que todos se ofrecen a ocuparse de él me hace concebir la secreta sospecha de que la mayoría de ellos no tienen motivaciones tan idealistas como la Fila de Nueve y el Tribunal de Todas las Estaciones.

—Sin duda sería una herramienta muy útil para cualquiera que quisiese ajustar el equilibrio de poder. Es decir, si hay alguien tan insensato como para creer que puede manipular a un Maestro de las Sombras como si fuese una marioneta.

A ningún mundo le faltan villanos confiados que crean que pueden conseguir un buen trato con la oscuridad. Yo me casé con alguien así. No estoy seguro de que haya aprendido la lección.

—¿Se ha ofrecido alguien a arreglar nuestra Puerta de las Sombras?

—El Tribunal está dispuesto a proporcionarnos a alguien. El problema es que no tienen a nadie con las destrezas necesarias para hacerlo. Es posible que nadie las posea. Pero el conocimiento está guardado en Khang Phi.

—¿Por qué no...?

—Estamos en ello. Mientras tanto, el Tribunal parece creer en nosotros. Es evidente que quieren algún tipo de venganza antes de que todas las



víctimas de Sombra Larga que aún viven hayan sido reclamadas por la edad.

—¿Qué hay del Aullador?

—Tobo lo quiere. Dice que ahora es capaz de manejarlo.

—¿Hay alguien más que así lo crea —me refería a Dama— o es que está lleno de confianza?

Dormilón se encogió de hombros.

—Nadie me ha informado de que le queden muchas cosas por aprender.

También se refería a Dama, no a que Tobo sufriese de mala actitud adolescente. El muchacho no tenía problemas para admitir consejos y órdenes, siempre y cuando no viniesen de su madre.

Aun así, pregunté:

—¿Ni siquiera Dama?

—Creo que ella se guarda información sobre él.

—Puedes apostar a que sí.

Me casé con ella, pero no me hago ilusiones. Le encantaría volver a los viejos tiempos en los que era malvada. La vida conmigo y con la Compañía no ha sido precisamente un «vivieron felices y comieron perdices». La realidad quema lentamente el romanticismo. Aunque nos llevamos muy bien.

—No puede ser de otro modo. Haz que te hable de su primer marido. Es un milagro que siga estando cuerda.

Para mí era un milagro diario. Siempre me asombraba que aquella mujer hubiese abandonado todo para escaparse conmigo. Bueno, algo por el estilo. Tampoco tenía mucho por entonces y su futuro era bastante negro.

—¿Qué demonios es eso?

—Cuernos de alarma.

Dormilón saltó del asiento como un rayo. Estaba bastante en forma para ser una mujer que abandonaba ya la mediana edad. Por otra parte, era tan baja que no tenía que movilizar demasiado peso.

—No he ordenado ningún ejercicio.

Tenía el feo hábito de sobresaltarse. Solo el traidor Mogaba, mientras permaneció con nosotros, tenía el mismo convencimiento de lo importante que era estar preparado.

Dormilón era demasiado seria.

Las Sombras Desconocidas de Tobo comenzaron a crear el mayor alboroto que nunca hubiésemos oído.

—¡Vamos! —me espetó Dormilón—. ¿Por qué no estás armado?

Ella lo estaba, siempre lo estaba, aunque nunca la he visto usar otra arma que la astucia.

—Estoy jubilado. No soy más que un burócrata.

—No te veo llevando una lápida por sombrero.

—En mi tiempo tuve también problemas de actitud, pero...

—Hablando del tema, quiero un discurso en el comedor de oficiales antes de apagar las luces. Algo que hable del vicio de la indolencia y de no estar preparados, o sobre el destino de los mercenarios comunes.



Se movía con prisa, hacia la salida principal, pasando entre empleados que no iban precisamente lentos.

—Haced sitio, muchachos. Haced sitio, voy para allá.

En el exterior, había personas señalando y murmurando. La luz de la luna y de un montón de fuegos iluminaba una columna de humo negro y espeso que se alzaba por debajo de la puerta en la llanura reluciente. Dije una obviedad.

—Ha ocurrido algo.

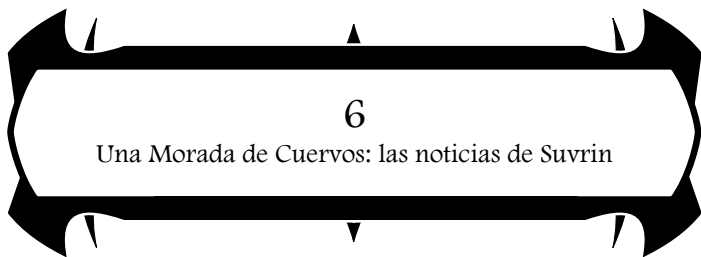
Qué sagaz soy.

—Suvrin está allí. Es un chico sensato.

Suvrin era un joven oficial que quizá adoraba demasiado a su capitán. Podías estar seguro de que durante la guardia de Suvrin no habría accidentes o estúpidos errores.

Se reunieron unos cuantos para escuchar a Dormilón, que dio la única orden que podía dar hasta que supiésemos algo más: permaneced alerta. A pesar de tener a un hombre con el que creíamos que ningún problema podría venir de la llanura.

Aquello que sabes que es cierto es la mentira que te matará.



Suvrin no llegó hasta después de medianoche. Para entonces, incluso los más tontos sabían que el nerviosismo de los seres escondidos y los cuervos, cuya presencia daba nombre a nuestro asentamiento, tenían algún significado. Se habían repartido armas. Sobre cada tejado había hombres con lanzadores de bolas de fuego. Tobo había advertido a sus sobrenaturales amigos que se alejasen de la ciudad por si la tensión humana se desataba en violencia hacia ellos.

Todos los que tenían posiciones de importancia se reunieron para esperar el informe de Suvrin. Un par de subalternos tomaron turnos corriendo hasta el tejado del cuartel general para comprobar el progreso de las antorchas que descendían por la larga pendiente desde la Puerta de las Sombras. Los muchachos locales parecían sentir que por fin había comenzado su gran aventura.

¡Qué insensatos!

Una aventura es arrastrarse por el barro y la nieve, sufrir a pie de trinchera tiña, disentería y hambre; es ser perseguido por aquellos que quieren matarte o hacerte algo peor. Yo lo he vivido. He sido perseguidor y perseguido. No lo recomiendo. Conténtate con una bonita granja o una tienda. Ten muchos niños y críalos para que sean buenas personas.



Si los jóvenes siguen ciegos a la realidad cuando partamos, garantizo que su ingenuidad no sobrevivirá al primer encuentro con mi cuñada, Atrapa Almas.

Por fin llegó Suvrin acompañado por el mensajero que Dormilón había enviado. Pareció sorprenderle la cantidad de gente que lo esperaba.

—Da un paso al frente y habla —le ordenó Dormilón.

Mi sucesora siempre era directa e iba al grano.

Se hizo el silencio. Suvrin miró alrededor con nerviosismo. Era bajo, oscuro, ligeramente relleno. Su familia formaba parte de la baja nobleza. Dormilón lo había hecho prisionero de guerra cuatro años atrás, justo antes de que la Compañía ascendiera a la llanura reluciente para dirigirnos aquí. Ahora comandaba un batallón de infantería y parecía destinado para grandes cosas, pues la Compañía seguía creciendo.

—Algo ha atravesado la Puerta de las Sombras —nos dijo.

Murmullos y preguntas.

—No sé qué es. Uno de mis hombres vino a decirme que creía haber visto algo merodeando por las rocas al otro lado de la puerta. Fui a echar un vistazo. Como no ha ocurrido nada en cuatro años, supuse que sería una sombra o uno de los nef. Los onironautas nos visitan a todas horas. Estaba equivocado. No pude llegar a verlo con claridad, pero parecía ser un animal grande, negro y extremadamente veloz. No tan grande como Orejas Grandes o Gata Sith, pero más veloz. Fue capaz de pasar sin ayuda a través de la Puerta de las Sombras.

Sentí un escalofrío. Intenté rechazar mi primera sospecha. No era posible.

—Forvalaka —dije de todas formas.

—Tobo, ¿dónde estás? —solicitó Dormilón.

—Aquí.

Estaba sentado junto a varios Hijos de la Muerte, unos oficiales que estaban siendo adiestrados.

—Encuétrala y atrápala. Si es lo que Matasanos cree, quiero que la mates.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Se ha enfrentado con los Sabuesos Negros y ha conseguido hacerlos retroceder. Ahora mismo están intentando seguir su rastro.

—Entonces máatala, Tobo.

Con esta capitana no valía eso de «intenta» o «haz lo que puedas».

—Pídele a Dama que te ayude —le dije—. Ella sabe de esas cosas. Pero antes de que nadie haga nada, necesitamos establecer algún tipo de protección para Un Ojo.

Si era una pantera humana comedora de hombres de nuestro mundo, solo podía tratarse de un monstruo. Y ese monstruo odiaba a Un Ojo con la más profunda y pertinaz pasión imaginable, ya que Un Ojo había matado al único mago capaz de ayudarla a recobrar su forma humana.

—¿De verdad crees que se trata de Lisa Bowalk? —preguntó Dormilón.

—Me huelo que sí, pese a que me dijiste que escapó de la llanura a través de la Puerta de Khatovar y que no podía volver.

Dormilón se encogió de hombros.

—Eso es lo que me mostró Shivetya. Es posible que fuese yo la que se inventó que no podía volver a la llanura.



—O quizá ha hecho nuevos amigos en el mundo del que procede.

La pequeña mujer se volvió y gritó:

—¡Suvrin!

—Todos están en alerta máxima —contestó Suvrin entendiéndolo al instante.

—Tobo tiene que revisar los sellos de la puerta —dijo—. No es bueno que las sombras consigan colarse porque algo o alguien haya logrado atravesarla.

Aunque el muchacho no podía hacer mucho para detener una inundación real. Ese honor correspondería a sus amigos ocultos. La razón principal por la que seguíamos residiendo en la Tierra de las Sombras Desconocidas era que carecíamos del conocimiento técnico necesario para reparar y usar las Puertas de las Sombras.

—Eso ya lo sé, Matasanos. ¿Puedo ponerme ya a trabajar?

Era un obstáculo. Es irritante que te consideren un inútil. Una condición que nos era familiar a la mayoría de los que Atrapa Almas había seducido, capturado y enterrado durante quince años. Nuestra Compañía había cambiado durante nuestro sueño. Incluso Dama y Murgén, que habían mantenido tenues conexiones con el mundo exterior, estaban ahora marginados. A Murgén no le importaba.

La cultura de la Compañía se ha convertido en algo bastante extraño. Ya no queda casi ningún elemento norteño. Tan solo algunas rarezas en cómo se hacen las cosas, además de mi propio y orgulloso legado, un interés en la higiene que es desconocido en estos climas.

Estos sureños no comprendían el horror que significaba la forvalaka. Insistían en pintarla como otro acechador nocturno, similar a Grandes Orejas o Pie Acolchado, a quienes consideran inofensivos porque sus víctimas rara vez sobreviven para llevarles la contraria.

—Una lectura del libro primero de Matasanos —le dije a la asamblea.

Era pasada la medianoche. No había habido alboroto por un tiempo. La Puerta de las Sombras no estaba dejando pasar a los Muertos Irredentos. Tobo trataba de localizar a la intrusa, pero estaba teniendo dificultades. Se movía mucho, explorando, insegura de cómo afrontar el hecho de que había aparecido justo en mitad de nuestro campamento.

—En aquellos días la Compañía estaba al servicio del Sindicato de Berilio.

Les conté la historia de otra forvalaka que habitaba hace muchísimo tiempo en un mundo muy lejano y mucho más cruel de lo que jamás sería este. Quería que se preocuparan.



## 7

### Una Morada de Cuervos: visitante nocturno

Dama y yo nos sentamos junto a Un Ojo. A Gota la habían puesto en la misma sala. Rodeada de velas.



—No veo ningún cambio evidente en la mujer.

—¡Matasanos! ¡Calla!

—Sin embargo, sí que oigo una diferencia. No se ha quejado de nada desde que llegamos.

Haciéndose el sordo, Un Ojo dio un largo trago a su bebida, cerró el ojo y se quedó dormido.

—Es mejor que duerma —susurró Dama.

—Vaya cebo más aburrido.

—A esa cosa le atrae la carroña. Quiere matar algo que solo existe en su interior. Un Ojo no es más que un símbolo —dijo restregándose los ojos.

Hice una mueca de dolor. Qué vieja parecía mi amorcito. El pelo gris, las arrugas, la papada incipiente, el culo en expansión. El deterioro había sido muy veloz desde que Dormilón nos rescató.

Por suerte para mí, no había ningún espejo cerca. No me gusta nada mirar a ese tipo gordo, calvo y viejo que va por ahí diciendo que es Matasanos. Desde el principio de nuestra asociación con Taglios, las Sombras han sido causa de terror. Una Sombra en movimiento significaba que la muerte podría agarrarte en cualquier instante. Esos tristes pero crueles monstruos cerca de la llanura habían sido los letales instrumentos por los que los Maestros de las Sombras habían hecho cumplir su voluntad y se habían ganado su terrible fama. Sin embargo, en la Tierra de las Sombras Desconocidas, los seres ocultos que acechaban en la oscuridad eran tímidos y, si se les trataba con respeto, no resultaban especialmente hostiles. E incluso aquellas manifestaciones que tenían una historia de maldad y perversidad adoraban ahora a Tobo y no dañaban a ningún mortal asociado con la Compañía. A menos que ese mortal irritara de algún modo a Tobo.

El muchacho vivía tanto en el mundo de los seres ocultos como en el nuestro.

En la distancia, el gato espectral Orejas Grandes emitió su excepcional llamada. La leyenda nativa cuenta que solo las víctimas futuras de la criatura oyen ese escalofriante rugido. Un par de Sabuesos Negros aullaron. La leyenda sugiere que tampoco es bueno que oigas sus voces. Las entrevistas con los lugareños me hacen creer que, antes de que Tobo llegara, solo los campesinos más ignorantes realmente creían en tales peligros de la noche y el páramo. Los lugareños educados en Khang Phi y Quang Ninh se sorprendieron al ver lo que el chico había convocado de las Sombras.

Eché un vistazo a la lanza sobre la puerta. Un Ojo había trabajado en ella durante décadas. Era un arma y a la vez una obra de arte.

—Cariño, ¿Un Ojo no empezó a tallar esa lanza por Bowalk?

Dejó de coser y alzó la vista hacia la lanza.

—Me parece que Murgén escribió que Un Ojo pretendía usarla contra uno de los Maestros de las Sombras, pero que, en lugar de eso, acabó clavándosela a Bowalk. Fue durante el asedio o...

Las rodillas me crujieron al levantarme.

—Bueno, por si acaso. —Bajé la lanza—. Maldita sea, pesa muchísimo.

—Si el monstruo llega hasta aquí, recuerda que es mejor atraparlo que matarlo.

—Lo sé, ha sido una de mis brillantes ideas.

De cuya idoneidad había empezado a dudar. Pensé que sería interesante ver qué pasa si podemos forzar a la bestia a transformarse en mujer; su forma original antes de quedar convertida en felino. Quería hacerle preguntas de Khatovar.

Siempre y cuando el monstruo que había atravesado la Puerta de las Sombras fuese la temible forvalaka, Lisa Deale Bowalk.

Me senté de nuevo.

—Dormilón dice que está preparada para enviar espías y exploradores para que crucen la llanura.

—¿Eh?

—Hemos estado ignorando los hechos durante demasiado tiempo.

Iba a ser difícil. Había tardado una era en estar listo.

—La chica... Nuestra hija...

—¿Booboo?

—¿Tú también?

—De algún modo hay que llamarla. La Hija de la Noche es un nombre tan serio. Booboo funciona y no supone un daño emocional.

—Tenemos que tomar algunas decisiones.

—Ella...

Los Sabuesos Negros, Gata Sith, Orejas Grandes y muchos otros seres ocultos comenzaron a hacer ruido.

—Está dentro de la muralla —dije.

—Se encamina hacia aquí.

Apartó la costura.

La cabeza de Un Ojo se alzó.

La puerta explotó hacia adentro antes de que acabara de darme la vuelta hacia ella.

Una plancha flotó hacia mí a cámara lenta y me golpeó en el vientre con tal fuerza que me dejó sentado en el suelo. Algo enorme y negro con furiosos y brillantes ojos se abalanzó tras la plancha, pero perdió su interés en mí a mitad del salto. Aun cayendo de espaldas conseguí hundir la lanza de Un Ojo en su costado. La carne se abrió. Los huesos de las costillas aparecieron. Intenté penetrar en el vientre de la bestia, pero no pude hacer suficiente palanca. Chilló sin poder alterar su impulso.

Un dolor penetrante me invadió el hombro izquierdo, a unos centímetros del cuello. La forvalaka no era responsable. Era fuego amigo. Mi dulce esposa había descargado un proyectil de fuego mientras yo estaba entre ella y su objetivo. Aún quedaba bastante fuego en la bola cuando, con el vuelo alterado, alcanzó la cola de la pantera a cinco centímetros de su raíz.

El monstruo continuó chillando y lanzó la cabeza hacia atrás en mitad del vuelo. Toda su forma había adoptado la postura que la heráldica denomina rampante.

Consiguí golpear a Un Ojo.

El viejo no hizo esfuerzo alguno por defenderse. La silla quedó hecha astillas. Un Ojo resbaló por el mugriento suelo. La forvalaka se estrelló



contra Gota, volcando la mesa donde estaba tumbada. Dama lanzó otra bola de fuego. No alcanzó su objetivo. Luché por ponerme a cuatro patas y colocar la punta de la lanza entre el monstruo y yo. El monstruo trató de ponerse de pie y darse la vuelta al mismo tiempo, de modo que chocó contra la pared más alejada. Coloqué los pies debajo del cuerpo y me tambaleé.

Dama volvió a fallar.

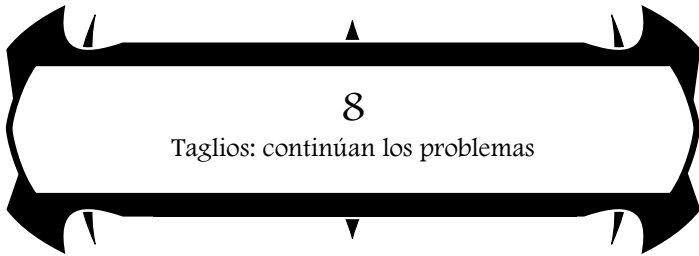
—¡No! —grité.

Mis pies se enredaron. Estuve a punto de volver a caer de bruces. Intenté hacer tres cosas a la vez y, naturalmente, no hice bien ninguna. Quise agarrar a Un Ojo, quise volver a alzar la lanza, quise salir cuanto antes de la casa.

Esta vez Dama no falló. Pero la bola de fuego era bastante insignificante, una calamidad. Solo golpeó al monstruo entre los ojos y rebotó tras arrancarle unos centímetros de piel. Parte del cráneo de la bestia quedó al descubierto.

La forvalaka volvió a chillar.

Entonces explotó el alambique de Un Ojo. Llevaba esperando que ocurriese desde el mismo instante en el que la bola de fuego de Dama atravesó la pared.



Mogaba supo que había problemas segundos después de abandonar sus aposentos austeramente envuelto en usadas excusas. El personal del palacio se apartaba contra las paredes de los pasillos a su paso. Huían sin excepción de la Cámara del Consejo Real. Debían de haber oído rumores que aún no habían llegado a sus oídos. Unos rumores que seguro enfurecerían a la protectora. Sin duda, pronto le iba a hacer a otro la vida imposible. Era mejor estar lejos cuando eso sucediese.

—El orgullo —dijo con voz monótona a un joven mensajero grey que trataba de pasar por su lado sin llamar la atención—. El orgullo es lo que acabó conmigo.

—Sí, señor. —El color había abandonado el rostro del joven shadar que aún no tenía barba tras la que ocultarse—. Quiero decir... no, señor. Lo siento...

Mogaba se había marchado, indiferente ante aquel aprendiz de soldado. Incidentes similares ocurrían cada vez que pasaba por el palacio. Hablaba casi con todos. Aquellos que habían visto cómo se desarrollaba aquel hábito entendían que hablaba consigo mismo y que no esperaba respuesta alguna. Era un debate que mantenía con sus propias culpas y fantasmas (en otros momentos lanzaba proverbios y aforismos, la mayoría de significado



obvio, pero unos cuantos complejos y oscuros; uno de los que más le gustaban era «La fortuna sonrío y después traiciona»). No podía meterse cómodamente en la cama sabiendo que era él quien la había hecho. Aún tenía dificultades en separar el «debería ser» de «tal y como son las cosas». No era un insensato. Sabía que tenía problemas.

No obstante, estaba seguro de estar más apegado a la realidad que su jefa.

Atrapa Almas, por su parte, creía ser un agente virtualmente libre y se negaba a plegarse ante realidad alguna. Ella creaba la suya propia haciendo reales sus imaginaciones.

Algunas eran una auténtica locura. Pocas, sin embargo, duraban más allá del furioso momento de su concepción.

Mogaba oyó que unos cuervos discutían más adelante. Los cuervos infestaban el palacio aquellos días. A Atrapa Almas le gustan aquellos animales. No permitía que nadie los molestase o hiriese. Últimamente también los murciélagos se habían ganado su afecto.

Cuando los pájaros se pusieron a hablar, los pocos siervos aún a su alrededor comenzaron a moverse mucho más rápido. Cuervos infelices significaban noticias infelices. Las noticias infelices garantizaban una protectora muy infeliz. Cuando Atrapa Almas estaba infeliz no le importaba quién sufría las consecuencias. Alguien sin duda lo haría.

Mogaba entró en la Cámara del Consejo y esperó. Hablaría con él cuando estuviese lista. Ghopal Singh de los greys y Aridatha Singh de los batallones de la ciudad (no guardaban relación de parentesco pues Singh era el apellido más común en Taglios) ya estaban allí. Antes de que llegaran las malas noticias, Atrapa Almas sin duda debía de haber estado reprendiéndolos por su fracaso a la hora de eliminar enemigos suficientes.

Mogaba intercambió miradas con ambos. Igual que le pasaba a él, eran buenos hombres atrapados en unas circunstancias imposibles. Ghopal tenía talento para hacer cumplir la ley. Aridatha era igualmente apto para mantener la paz sin enfurecer al populacho. Ambos hombres estaban al cargo a pesar de Atrapa Almas, que amaba el caos y el despotismo e infligía ambos con brío y ferocidad, impulsada por los dictados del capricho.

La mujer pareció materializarse de repente. Era un don que utilizaba para desconcertar a seres inferiores. Un hombre con menos valía que Mogaba se habría quedado aturdido al verla. La mujer tenía un cuerpo cuyas bondades parecían resaltar en vez de quedar ocultas por el ceñido cuero negro que llevaba. La naturaleza la había bendecido con una materia prima excepcional. Su vanidad la había impulsado, siglo tras siglo, a seguir mejorando gracias a la brujería cosmética.

—No estoy contenta —anunció Atrapa Almas.

Su voz era petulante, la de una niña malcriada. Hoy su aspecto era más lozano de lo usual, como si quisiese prender la imaginación de los jóvenes. Aunque el cuervo que se acicalaba las plumas sobre el alto trono detrás de ella se convirtió en una distracción cuando esta se calmó.

—¿Puedo preguntar por qué? —preguntó Mogaba.

Su voz era calmada, despreocupada. La vida en el palacio de Taglios consistía en un desorganizado deambular de crisis en crisis. Ya no se



involucraba emocionalmente. Atrapa Almas algún día iría a por él. Ya se había preparado para ello. Cuando llegase el momento, la encararía con calma. No merecía nada mejor.

—Hay un enorme festival de Impostores que se está celebrando en la Arboleda de la Condena. Justo ahora. Esta noche.

La voz que usaba ahora era fría, calmada, racional, masculina. Después de un tiempo, te acostumbrabas a los cambios. Mogaba ya casi nunca los notaba. Aridatha Singh, que acababa de ser nombrado, aún encontraba desconcertante aquel coro impredecible. Singh era un sensato oficial y un buen soldado. Mogaba tenía la esperanza de que durase lo suficiente para acostumbrarse a los caprichos de la protectora. Aridatha merecía mucho más de lo que seguramente iba a recibir.

—Eso no son buenas noticias —concedió Mogaba—. Creo recordar que queríais cortar la madera de la arboleda y borrar toda traza del sagrado lugar. Selvas Gupta consiguió convencerlos de no hacerlo. Dijo que establecería un mal precedente.

Gupta había sido animado en secreto por el gran general, que no quería malgastar ni mano de obra ni tiempo despejando un bosque. Pero Mogaba odiaba a Selvas Gupta y su petulante y mojigata actitud de superioridad.

Gupta era el purohita actual, o capellán oficial de la corte y consejero religioso. El cargo de purohita había sido impuesto por los sacerdotes a la radisha Drah veinte años atrás, en una época en la que la princesa había sido demasiado débil como para desafiarlos. Atrapa Almas aún no lo había abolido, pero siempre había mostrado poca paciencia con los hombres que habían ocupado el cargo.

Selvas Gupta llevaba un año siendo purohita, un mandato que excedía el de todos sus predecesores desde el establecimiento del protectorado.

Mogaba estaba seguro de que la pequeña y escurridiza serpiente de Gupta no iba a acabar la semana.

Atrapa Almas lo miró como si estuviese escudriñando su interior, desentrañando sus secretos y motivos. Tras una pausa que indicaba que no conseguía engañarla, dijo:

—Consígueme un nuevo purohita. Mata al antiguo si lo discute.

Tenía la antigua costumbre de mostrarse desagradable ante los sacerdotes que la decepcionaban. Algo típico en la familia. Su hermana había matado a cientos en una sola masacre una generación anterior. Las ejemplares demostraciones de ambas hermanas, sin embargo, nunca parecían conseguir que los supervivientes se convencieran de abandonar sus maquinaciones.

El cuervo saltó sobre el hombro de Atrapa Almas, que alzó unos dedos enguantados para ofrecerle una exquisitez.

—¿Tenías alguna respuesta en mente? ¿Algo que ver con mis colegas?

Mogaba asintió hacia los Singh presentes. No tenía celos de aquellos hombres y los respetaba por sus habilidades. El tiempo y la permanente adversidad habían limado los ásperos filos de su otrora potente sentido de la autocrítica.

—Estos caballeros ya estaban aquí para tratar otro asunto antes de que llegaran las noticias de la Arboleda.



Atrapa Almas le ofreció otro bocado al cuervo.

Los ojos de Mogaba se entrecerraron de manera imperceptible. ¿No iba a ser informado de aquel asunto?

Sí que iba a serlo. Atrapa Almas usó para ello un tono de voz ronco.

—Los greys han encontrado hoy diversas consignas pintadas en las paredes.

El cuervo graznó. En otros lugares, otros cuervos comenzaron a chillar.

—No es infrecuente —contestó Mogaba—. Cualquiera idiota con una brocha, un bote de pintura y la educación suficiente para unir cinco letras parece dispuesto a escribir lo que le da la gana en las paredes.

—Estas eran consignas del pasado. —Aquella era la voz que la protectora usaba cuando se concentraba por completo en el asunto que trataba.

Una voz que, según imaginaba Mogaba, sonaba igual que la suya.

—Tres decían «*Rajadharma*».

—He oído que el culto bhodi está resurgiendo.

Ghopal Singh añadió:

—Dos decían «El agua duerme». Eso no es bhodi. Tampoco llevaban cuatro años escritos.

Un escalofrío, a medias de terror y a medias de nerviosismo, recorrió a Mogaba. Clavó los ojos en la protectora.

—Quiero saber quién lo está haciendo. Quiero saber por qué han decidido hacerlo justo ahora.

Mogaba creyó percibir que los dos Singh parecían cautelosamente encantados. Era como si estuviesen felices ante la posibilidad de tener enemigos reales que perseguir en lugar de simples personas enervantes que de otro modo eran indiferentes a palacio.

La Arboleda de la Condena estaba en las afueras de la ciudad. Todo lo que quedaba fuera de ella era jurisdicción de Mogaba.

—¿Hay alguna acción en particular que deseáis que tome con respecto a los Impostores?

Atrapa Almas sonrió. Cuando lo hacía de aquel modo cada minuto de sus muchos siglos aparecía con claridad.

—Nada. Nada en absoluto. Ya se están dispersando. Te haré saber cuándo. Atacaremos cuando no se encuentren preparados.

A pesar de ser fría, aquella voz rebosaba de su malvada sonrisa. Mogaba se preguntó si los Singh sabían lo raro que era que alguien viese a la protectora sin su máscara. Aquello significaba que pretendía involucrarlos en sus maquinaciones de tal manera que no pudieran escapar.

Mogaba asintió como un siervo dócil. Para la protectora todo era un juego. O varios. Quizá hacer que la vida fuese un juego era la única manera de sobrevivir espiritualmente en un mundo donde todo lo demás era efímero.

—Quiero que ayudes a cazar ratas —dijo Atrapa Almas—. Falta carroña. Mis pequeños están hambrientos.

Le ofreció a su espía de ala negra otro trozo de comida. Se parecía sospechosamente a un ojo humano.